

¿De cuántas personas podríamos decir de verdad lo que Cecilia dice de María Ángela? Es que María Ángela era realmente así de especial.

María Ángela Cánepa:

## Comprometida en las GRANDES BATALLAS, *atenta a los* PEQUEÑOS

### DETALLES

Cecilia Barnechea

>>> Hace dos meses murió María Ángela Cánepa, amiga querida, psicóloga de larga trayectoria profesional al servicio del país, que dedicó su vida a hacer que el psicoanálisis tuviera algo que aportar a la vida de los más pobres y a reivindicar la importancia de

la dimensión personal y de la subjetividad en los procesos de cambio social.

Desde los inicios de su carrera, María Ángela combinó el trabajo clínico como psicoterapeuta con el trabajo social. La reflexión teórica sobre su experiencia fue siempre importante para ella, y se atrevió a pensar

## Así era ella: sencilla; no le gustaba llamar la atención, pero hacía sentir su presencia tanto intelectual como afectiva.

psicoanalíticamente diversos temas de la vida social y política del país. Siempre estuvo interesada en compartir con otros una perspectiva de reflexión psicosocial, cosa que hizo a través de muchos trabajos escritos, pero también en sus intervenciones, siempre provocadoras, en reuniones o jornadas en las que buscaba resaltar los aspectos ocultos o no vistos de las situaciones y problemas que se discutían.

María Ángela tenía una sabiduría especial, una habilidad para reflexionar con profundidad y a la vez sin mucho aspaviento, con excesiva modestia tal vez, pero con la agudeza suficiente para estimular el pensamiento de los demás. Así era ella: sencilla; no le gustaba llamar la atención, pero hacía sentir su presencia tanto intelectual como afectiva.

El trabajo con grupos juveniles y la reflexión sobre el lugar de la juventud en el desarrollo y cambio del país fue una de sus primeras preocupaciones. Luego, la situación que vivía el Perú la llevó a dirigir su atención hacia las víctimas de la violencia política. Fue pionera en el trabajo clínico con esta población y también en la reflexión crítica y cuestionadora de los efectos psicosociales de la violencia en el mundo interno, las relaciones interpersonales y el comportamiento social y político.

Su capacidad de amar estaba puesta asimismo en la enseñanza, en la relación cercana con sus alumnos y alumnas, o en la asesoría de psicólogos jóvenes que buscaban también aportar en el campo social. Sus alumnos pueden dar testimonio de su generosidad para compartir sus conocimientos fuera del aula y del profundo respeto por los procesos de maduración y los distintos momentos de desarrollo profesional de cada quien.

Era una mujer versátil, comprometida con las grandes batallas y a la vez atenta a los pequeños detalles. Así como se involucraba en los grandes problemas sociales, podía disfrutar al mismo tiempo de la música, la literatura y el arte. Seguramente estos recursos la ayudaban a lidiar con las fuertes experiencias que debía enfrentar en su trabajo.

Su especial sensibilidad al dolor ajeno la llevaba a conectarse con los lados más negros y dramáticos de una situación, y a parecer en ocasiones muy pesimista. Tenía también una enorme sensibilidad para admirar la belleza y la vida expresada en pequeños detalles. Podía así quedarse extasiada observando el color de las plumas de un pequeño pájaro o el de una flor diminuta.

Era exigente consigo misma y con los otros en el trabajo, y podía ser una crítica muy dura. La indignaban especialmente las injusticias y las actitudes poco éticas, ante las que reaccionaba visceralmente. Sin embargo, era también una mujer muy tierna y cariñosa, siempre pendiente de pequeños cambios en el estado de ánimo de sus amigos para estar cerca y acompañarlos. Estaba ahí cuando la necesitabas. A pesar de que era muy reservada con su vida personal y enormemente cuidadosa de su privacidad y de la confidencialidad de su trabajo, se podía estar cerca de ella. Era posible llegar a su casa sin duda de ser bien acogida, con buena música de fondo y algo rico para compartir el café. Sobria y austera en su arreglo personal, cada rincón de su casa, en cambio, estaba lleno de lindos detalles, cargados de recuerdos y afecto.

No la entusiasmaban mucho las reuniones sociales muy grandes y, sin embargo, era capaz de tener muchas relaciones personales intensas y cercanas, con amigos y alumnos. El dolor que muchos compartimos al despedirla es un signo de la calidad de los vínculos que ella construyó y de todo el afecto que supo dar.

Su muerte prematura me deja con la sensación de algo incompleto. Hubiera querido abrazarla varias veces más, hacer otro viaje con nuestras amigas, preguntarle su opinión sobre muchos temas en los que ella era experta o pedirle que critique alguno de mis trabajos escritos. Nada de eso será ya posible. Estoy segura de que tendría aún mucho para dar, pero creo que su vida fue fructífera, que la vivió intensamente y que fue por eso una vida plena, completa. María Ángela deja un camino abierto por el que muchos vamos a transitar, recordándola.

## Advertencia al oficio\*

María Ángela Cánepa

Escuchar a quienes han sufrido directamente la violencia política en nuestro país, convertidos en pacientes, ha sido en muchos momentos una vivencia afectivamente intensa y demoledora del pensamiento [...] vivencia cuestionadora del sentido, del significado, del orden, de nuestros códigos habituales para vivir y orientarnos [...] compartiendo así en alguna medida su desconcierto y desorden.

En años recientes, el régimen político hizo una labor siniestra de infiltración del horror en el cuerpo social a través de cada persona —familia, población— avasallada en su cuerpo y en sus representaciones mentales. Los hechos traumáticos no quedaron inscritos como heridas cicatrizadas, sino que se convirtieron en nuevos códigos de comprensión de sí mismos y de la realidad. Códigos desde los cuales cada hombre o mujer afectado, más que como víctima simplemente, deviene persona portadora de un desconcierto y espanto que la hace permanecer en las escenas de terror, nunca olvidadas, siempre reeditadas, impregnando de ello los vínculos familiares, sociales, laborales [...].

[...]

Escucharlos, entonces, es conmovedor, indignante, doloroso [...] y desordena, perturba y densifica el propio espacio terapéutico, actualiza el pasado como presente continuo e instala lo vivido como inminente porvenir. Encontramos además en estos pacientes una búsqueda de justificaciones en su conducta e historia temprana que hagan “razonable” el castigo vivido. Se van haciendo así cómplices de sus agresores y voceros de la legitimación de su dolor por sí mismos.

Hace unos años intentábamos reflexionar sobre algunas de estas formas de trastocar toda realidad, tan claras en el Gobierno anterior, que hicieron del saqueador un héroe y del ciudadano demócrata un delincuente a vista y paciencia de la sociedad. Lo nombramos como “un mundo al revés”, pero el revés tiene su orden; inverso, pero orden. Pensamos que, en realidad, el tratamiento de estas problemáticas no nos enfrenta al revés de las cosas, sino, más bien, a la ausencia de fronteras, de lógica y orden, de límite entre lo interno y lo externo.

Termina, entonces, una etapa de nuestra vida política, pero no su cultura, su mentalidad, sus distorsiones. Se recibe con alivio que los inocentes salgan de prisión y los deudos encuentren sus muertos, o sepan qué fue de ellos, pero esto sólo propone nuevas tareas políticas, cívicas y sociales, y no solamente psicológicas. Al intentar convertir en “pacientes” a estas personas, se localiza y “cosifica” el problema, y se les inculca una vez más el ser portadores del dolor y responsables de la tarea de elaboración que a todos nos compete. El hecho de recurrir al tratamiento psicológico, más que a instancias de la realidad habilitadas para su recuperación, como son postas, parroquias, organizaciones, recursos legales [...] tiene un supuesto: ellos llevan una enfermedad-dolor-trauma propio de ellos y, además, con una historia personal que la fundamenta; el mal está así dentro de ellos para ser curado, y esto alimenta la desesperanza de que en la realidad haya algo posible de ser cambiado.

La sociedad deposita en nosotros los terapeutas una gran responsabilidad, pero induce al peligro de que el terapeuta haga una alianza con la necesidad de la sociedad de librarse de este “cuerpo extraño” y una alianza con los fantasmas del paciente, que requieren evitar la verdad para evitar el espanto, la cólera y el duelo. Terminamos así puestos al servicio de soslayar la verdad y la ubicación de responsabilidades. Y el terapeuta, representante de una parte de la sociedad, bien intencionada, pero insuficiente, puede caer en la tentación de pensar o sentir, para equilibrar algo dentro del caos, que, “bueno, alguna maldad hizo para merecer esto”.

\* Tomado de “La búsqueda de sentido y de razón. Sobre los procesos de reparación”. Ponencia presentada en la mesa “Valores ciudadanos, juventud y reparación”, en el Congreso de Psicoanálisis 2001, el 13 de octubre del 2001.